



Purorelato 2025

El jurado de esta edición de Purorelato, el concurso de microrrelatos de Casa África, ha decidido premiar las siguientes obras:

Primer premio

A revolta dos baobás

Dizia-se, desde muito antes das palavras virarem papel, que no dia em que morresse o último griô, os baobás se levantariam. Ninguém sabia quem dissera primeiro – se o cíciar do vento, se o murmúrio do rio, se o crepitar das fogueiras, mas a lenda passou de boca em boca, como beijos proibidos. Até que, num dia perdido de tão útil, sem mais nem menos, deixou de passar.

Vieram as máquinas. Vieram os ecrãs, as luzes frias, as vozes sintéticas. Vieram promessas de progresso e cidades com cheiro de óleo queimado. Os homens esqueceram o idioma do vento, o sabor da chuva no barro, o nome secreto das sementes. Os griôs, antes sentados no centro das rodas, viraram ruído de fundo. O último deles morreu num quarto que doía de tão branco, com fios no peito e silêncio nos olhos.

Ninguém deu por isso, afinal era só um velho. Mas quando sua neta chegou ao baobá onde costumava brincar, o mundo estava em falta. Correu em círculos, chamando por nomes que soavam como poeira. Onde antes havia troncos que ela acreditava tocar o céu, agora só havia buracos – como se a terra tivesse perdido os dentes, mas arreganhasse mil bocas para engolir, cada vez mais voraz, toda a areia do tempo.

Mauro Bartolomeu (Brasil)



Traducción. Por Felisa Rodríguez Prado

Primer premio

La rebelión de los baobabs

Se decía, mucho antes de que las palabras se convirtieran en papel, que el día en que muriera el último griot, los baobabs se rebelarían. Nadie sabía quién lo había dicho primero, si el silbido del viento, el murmullo del río o el crepitar de las hogueras, pero la leyenda pasaba de boca en boca, como besos prohibidos. Hasta que, en un día tan útil como perdido, dejó de pasar.

Llegaron las máquinas. Llegaron las pantallas, las luces frías, las voces sintéticas. Llegaron promesas de progreso y ciudades con olor a aceite quemado. Los hombres olvidaron el lenguaje del viento, el sabor de la lluvia sobre la arcilla, el nombre secreto de las semillas. Los griots, antaño sentados en el centro del círculo, se convirtieron en ruido de fondo. El último de ellos murió en una habitación tan blanca que dolía, con cables en el pecho y silencio en los ojos.

Nadie se dio cuenta, al fin y al cabo, sólo era un anciano. Pero cuando su nieta llegó al baobab donde solía jugar, el mundo había desaparecido. Corrió en círculos, gritando nombres que sonaban a polvo. Donde antes había troncos que ella creía que tocaban el cielo, ahora sólo había agujeros, como si la tierra hubiera perdido los dientes, pero hubiera abierto mil bocas para engullir, cada vez con más voracidad, toda la arena del tiempo.

Mauro Bartolomeu (Brasil)

purorelato

XI CONCURSO DE MICRORRELATOS
CASA ÁFRICA

Segundo premio

Chike

Chike acordava antes do sol e as cabras, que eram pouco mais que os seus anos, já sabiam o caminho. Seguia-as como quem conduz pensamentos, caminhando descalço pela terra quente, com um pau de acácia na mão, herança familiar, e um pano vermelho pelos ombros.

Na savana, o tempo era outro. Ali, um minuto valia por um dia, e uma vida o sopro entre dois passos. Ao meio-dia, sentava-se à sombra de uma acácia, abria o pano azul e dividia o pão seco com Obi, o cão magro que o seguia desde pequeno.

Chike não sabia ler. Mas sabia contar – os animais, os dias sem chuva, os silêncios do pai que partira para a guerra. Sorria pouco, mas quando o fazia, parecia que toda a terra sorria com ele.

Também não falava muito. Dizia que as palavras assustavam os animais e os deuses. No entanto, as cabras conheciam-lhe o assobio, e ele conhecia-lhes o ritmo. Sabia quando uma estava doente, ou quando um perigo espreitava nos arbustos.

Quando alguma uma cabra se afastava do rebanho, Chike não corria. Sentava-se na terra quente, olhava o céu e assobiava uma melodia que só os ventos antigos conheciam. A cabra voltava sozinha, sã e salva. Os mais velhos diziam que Chike ouvia coisas que ninguém mais ouvia. Que entendia o som das pedras, o aviso das nuvens, a saudade das árvores.

Um dia, desapareceu.

Deixou o cajado fincado no chão e as cabras pastando em silêncio. Ninguém chorou o pequeno funali. Apenas Obi latiu baixinho. Na savana, até as partidas são aceites como parte do pasto.

José Baptista (Portugal)



Traducción. Por Felisa Rodríguez Prado

Segundo premio

Chike

Chike se despertaba antes que el sol y las cabras, que eran pocas más que sus años y conocían bien el camino. Las seguía como quien conduce pensamientos, caminando descalzo por la tierra caliente, con una vara de acacia en la mano, reliquia familiar, y un paño rojo sobre los hombros.

En la sabana, el tiempo era diferente. Allí, un minuto valía un día y toda una vida el aliento entre dos pasos. A mediodía, se sentaba a la sombra de una acacia, abría el paño azul y compartía el pan seco con Obi, el perro flaco que lo seguía desde niño.

Chike no sabía leer. Pero sabía contar: los animales, los días sin lluvia, los silencios de su padre que se había ido a la guerra. Sonreía poco, pero, cuando lo hacía, parecía que toda la tierra sonreía con él.

Tampoco hablaba mucho. Decía que las palabras asustaban a los animales y a los dioses. Sin embargo, las cabras conocían su silbido y él conocía el ritmo de ellas. Sabía cuándo una estaba enferma o cuándo acechaba el peligro entre los arbustos.

Cuando alguna cabra se alejaba del rebaño, Chike no corría. Se sentaba en la tierra caliente, miraba al cielo y silbaba una melodía que sólo conocían los vientos antiguos. La cabra regresaba sola, sana y salva. Los ancianos decían que Chike podía oír cosas que nadie más oía; que entendía el sonido de las piedras, la advertencia de las nubes, la nostalgia de los árboles.

Un día, desapareció.

Dejó su cayado clavado en la tierra y sus cabras pastando en silencio. Nadie lloró al pequeño funali. Sólo Obi ladró suavemente. En la sabana, incluso las partidas se aceptan como parte del pasto.

José Baptista (Portugal)

purorelato

XI CONCURSO DE MICRORRELATOS
CASA ÁFRICA

Tercer premio

No Ritmo do Chá

Era sempre às quatro. O fogo baixo do carvão no chão, o bule tilintando com calma, as cumbucas passando de mão em mão. Sentavam-se no quintal como quem sabe que o dia ainda pode ensinar algo. Um falava, outro ria. E o tempo, ali, obedecia ao ritmo do chá.

Ela observava de longe. Não falava francês. Tampouco o inglês. O wolof lhe escapava inteiro. Mas entendia tudo. Havia algo no corpo dos gestos, no silêncio entre as palavras. Algo que não se traduzia, mas que reconhecia. Como se a pele lembrasse.

O chão era seco, a poeira fina subia com o vento. Diziam que era por causa do deserto. E talvez fosse. Tudo ali queimava devagar: o sol, o tempo, o gesto.

Numa noite, foi convidada a sentar. Naquele lugar, não havia luz elétrica. Quando a escuridão chegou, ficou. Restou o som: a conversa baixa, o ferro do bule, o tambor tocado com alma por um rapaz no escuro. Não se via mais rosto algum. O mundo era ouvido, não visto.

Pensou no chá das cinco do outro lado do mundo – onde ninguém mais para, onde ninguém mais escuta. Ali, no escuro, o tempo se deitava no chão. E ela com ele.

Não havia foto, nem registro. Só o corpo guardando tudo: o gosto do chá, a cumbuca quente, o som do djembe atravessando o tempo e dizendo, sem dizer, que ela voltava pra casa.

Andrea Salgueirinho (Brasil)



Traducción. Por Felisa Rodríguez Prado

Tercer premio

Al ritmo del té

Siempre era a las cuatro. El fuego bajo de carbón en el suelo, la tetera tintineando con calma, los cuencos pasando de mano en mano. Se sentaban en el patio como quien sabe que el día aún puede enseñar algo. Uno hablaba, el otro reía. Y el tiempo, allí, obedecía al ritmo del té.

Ella miraba desde lejos. No hablaba francés. Ni inglés. Todo el wolof se le escapaba. Pero lo entendía todo. Había algo en el cuerpo de los gestos, en el silencio entre las palabras. Algo que no se podía traducir, pero que ella reconocía. Como si su piel recordara.

El suelo era seco, el polvo fino se levantaba con el viento. Decían que era por el desierto. Y puede que así fuera. Allí todo ardía lentamente: el sol, el tiempo, el gesto.

Una tarde, la invitaron a sentarse. En aquel lugar no había luz eléctrica. Cuando la oscuridad llegó, se quedó. Sobró el sonido: la conversación en voz baja, el metal de la tetera, el tambor que tocaba con alma un chico en la oscuridad. No se veía ningún rostro más. El mundo se oía, no se veía.

Pensó en el té de las cinco al otro lado del mundo, donde nadie se detiene, donde nadie escucha. Allí, en la oscuridad, el tiempo yacía en el suelo. Y ella con él.

No había foto, ni registro. Sólo el cuerpo guardándolo todo: el sabor del té, el cuenco caliente, el sonido del djembé atravesando el tiempo y diciendo, sin decirlo, que ella volvía a casa.

Andrea Salgueirinho (Brasil)



Mención especial

O Safári

O aeroporto Charles de Gaulle estava em festa, com os voos que chegavam de toda a África, principalmente de Nairobi e Joanesburgo. Girafas reclamavam em swahili do espaço para as pernas no avião, enquanto elefantes bradavam em tsonga contra a quantidade da refeição oferecida.

Todos estavam empolgados para o safári de humanos que fariam. Na saída do aeroporto, entraram logo em um ônibus com vidro blindado, pois a líder hiena – cuja liderança era contestada pelo leão – advertira o grupo que, embora alguns animais já houvessem visitado grandes cidades africanas, as capitais europeias eram muito mais perigosas. O antilope lembrava que estavam desobedecendo uma recomendação do Ministério dos Animais da Savana, segundo o qual apenas viagens essenciais deveriam ser realizadas à Europa.

Dito e feito: em 24 horas, três cachorros selvagens tiveram suas carteiras furtadas por poodles e duas chitas viram seus passaportes serem levados por siameses traiçoeiros. Apesar dos contratempos, todos se divertiram tirando fotos de humanos atravessando a rua correndo, de senhoras comprando comida nos mercados, de grupos raivosos se manifestando contra os imigrantes, de animais em coleiras e pássaros em gaiolas, tão enjaulados quanto os seus donos, que vestiam um acessório que a todos divertiu: gravata.

De volta à África, ouviram críticas (“Brincando com a própria vida!”) e elogios (“Se eu pudesse, faria essa viagem exótica!”), mas já planejam uma aventura ainda mais radical: Nova Iorque!

Marcelo Maio Coelho (Brasil)



Traducción. Por Felisa Rodríguez Prado

Mención especial

El safari

El aeropuerto Charles de Gaulle bullía festivamente, con la llegada de vuelos procedentes de toda África, especialmente de Nairobi y Johannesburgo. Jirafas se quejaban en swahili del espacio para las piernas en el avión, mientras los elefantes levantaban la voz en tsonga contra la cantidad de comida ofrecida.

Todos estaban entusiasmados con el safari humano que estaban a punto de emprender. Cuando salieron del aeropuerto, se subieron inmediatamente a un autobús con cristales blindados, ya que la hiena líder -cuya autoridad disputaba el león- había advertido al grupo de que, aunque algunos animales ya tenían la experiencia de haber visitado grandes ciudades africanas, las capitales europeas eran mucho más peligrosas. El antílope les recordó que estaban desobedeciendo una recomendación del Ministerio de Animales de la Sabana, según la cual sólo debían hacerse a Europa los viajes imprescindibles.

Dicho y hecho: en 24 horas, unos caniches robaron las carteras de tres perros salvajes y unos siameses traicioneros se llevaron los pasaportes de dos guepardos. A pesar de los contratiempos, todos se divirtieron haciendo fotos de humanos que cruzaban las calles corriendo, de señoras comprando comida en los mercados, de grupos enfurecidos en manifestaciones contra los inmigrantes, de animales con correa y pájaros enjaulados, tan presos como sus dueños, que llevaban un accesorio que divirtió a todos: corbatas.

De vuelta a África, han escuchado críticas («¡Jugándose la propia vida!») y alabanzas («¡Si pudiera, haría ese viaje exótico!»), pero ya están planeando una aventura aún más radical: ¡Nueva York!

Marcelo Maio Coelho (Brasil)